XXIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Dios se pone feliz

"En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores. Y los fariseos y los letrados murmuraban: Este acoge a los pecadores y come con ellos". San Lucas, cap. 15.

Un amplio complejo industrial donde trabajan numerosos técnicos y muchos obreros. Una intrincada maquinaria compuesta de marmitas, tubos conductores, cavas, filtros y bodegas. Todo ello para producir un buen licor.

Algo semejante sería la estructura pastoral de la Iglesia. Un denso entramado de tareas y servicios, de planes y de esfuerzos, para que la gente conozca a Dios por Jesucristo. Para que todos amemos al Señor, y conformemos nuestra vida con el Evangelio.

Pero valdría la pena descubrir otro sistema, inventar otra máquina simple y pequeñita, que tuviera la magia de hacernos sentir amados por Dios en cada una de nuestras circunstancias.

A este objetivo apunta todo el capítulo 15 de san Lucas, donde el evangelista reúne tres parábolas de misericordia: Un pastor tenía cien ovejas. Como una de ellas se extravió, dejó las noventa y nueve en el aprisco, para ir en busca de la perdida. Una mujer ha atesorado diez monedas. De pronto advierte que le falta una. Enciende entonces una lámpara, y revisa de arriba a abajo su casa, hasta encontrarla.

Un padre tenía dos hijos. Un día el menor le pide su parte de herencia y se va a tierra extraña. Meses después, pobre y derrotado, vuelve al hogar. Su padre lo recibe con inmenso amor y una fiesta extraordinaria.

El evangelista destaca en su relato el riesgo del pastor, la diligencia de la mujer, y el amor de aquel padre cariñoso. Pero además las tres parábolas presentan un común denominador de alegría. Alegraos conmigo les dice el pastor a sus amigos, al llegar con su oveja extraviada a los hombros. He hallado mi moneda, exclama aquella mujer ante sus vecinas reunidas. Felicitadme. Y el padre misericordioso reprende a su hijo mayor: "Deberías también alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha resucitado".

Jesús refiere de inmediato este gozo al de Dios cuando nos dejamos encontrar por El: "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia".

El Maestro respondía así al reproche de los fariseos y letrados: "Este acoge a los pecadores y come con ellos". Y presentaba las reglas de juego en el Nuevo Testamento. Hasta entonces los judíos miraban a Dios como alguien vengador y justiciero. Para evitar sus castigos habían multiplicado los preceptos y observancias, mientras se les iba secando el corazón.

Ahora Jesús explica el nuevo pacto entre Dios y nosotros, cuyas políticas fundamentales serán el perdón y la misericordia.

Todos los pródigos que alguna vez regresamos a la casa paterna, hemos sentido esa ternura del abrazo paterno, que destruye nuestro pasado nuestro cruel y vergonzoso.

Pero conviene además gozarnos con la alegría de Dios, que celebra nuestro retorno. ¿No serán estos dos, motivos irrefutables para volver a casa?

Cuando aceptamos el perdón del Señor, le estamos permitiendo simplemente ser Dios, dejándolo hacer todo un trabajo de restauración y renovación en nosotros. Estamos procurando que Dios sea más feliz. Así nos lo explicó el mismo Jesús en sus parábolas de la misericordia.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y